

Arborescencias (o de cómo la piedra se torna vegetal)



Dice la vieja Berta que Osaín, dios del monte, puede escuchar el rumor de la tierra al girar y el flujo de la savia atravesando los árboles. Y tú tienes a veces la impresión de que, en las noches de mucho silencio, se puede oír cómo las raíces de las plantas penetran en la piedra: es un sordo y muy hondo crujido que se parece al de una roca que se frota suavemente contra otra, un ruido muy bajo, tan bajo que toda la ciudad se levanta sobre él; tan profundo que atraviesa hasta la última piedra de la última casa.

Y tú huyes del bosque, pero el bosque te persigue y te atrapa, y aún sigues huyendo por el temor de que una parte de ti se extravía en esta ciudad de mil modos arbolada. Hallas a Osaín en cada calle, cojo, tuerto, manco y con su gran oreja que oye incluso el abrirse de una flor en tu sueño.

Es mediodía, miras en torno: las hojas y las briznas quieren ser más innumerables que los ladrillos y las piedras de los muros y las tejas de los techos. A veces no hay muralla que detenga el avance de la invasión vegetal, que de cierta manera es la invasión de otro mundo.

En el principio, fundar una ciudad fue casi siempre imponer violentamente la piedra sobre la extensión vegetal: cortarla, arrasarla, emponzoñarla, quemarla, desenraizarla, y luego contener su retorno, podar sus retoños, limitar sus excesos incluso en los jardines.

A veces sientes como si el aire todo estuviera repleto de semillas invisibles que se aprietan como granos de arena en la playa, que sólo precisan de una pequeña grieta, de una mínima fisura en la pared donde retoñar y elevar sus leves manos verdes para atrapar la luz y seguir creciendo.



Es el bosque humilde, el indetenible y ciego y silencioso bosque que no repara en medios para alcanzar su propósito, *que no ve la ciudad*, que no nos ve a nosotros, que ni siquiera ve su propia arborescencia, que no ve ninguna otra cosa salvo el rumbo hacia el sol y que no se detiene mientras halle un punto más alto, un nuevo escalón, un nuevo modo de trepar otra pulgada.

Huyen del bosque las ciudades y él las atrapa lentamente. Del bosque huyó Tikal y el bosque la atrapó, y huyó la portentosa Angkor y la selva terminó devorándola, y alzaron sus estructuras de piedra Palenque y Cobá y el bosque las hundió finalmente bajo sus ramas.

Y mil ciudades más se elevaron y cayeron y siempre el bosque terminó cubriendo la piedra, lo mismo que las algas sobre los restos de un naufragio. El hombre riega con el rojo de su sangre el verde de la arborescencia que crece como un sueño muy lento nacido del corazón mismo de la piedra, como un tatuaje vivo en su piel muerta.

Recuerdas una casa en un árbol, no es cosa tan rara. Más extraño resulta un árbol en la casa, *en medio de la casa*: Berta lo llama Yuli, nadie sabe por qué, y, aunque por supuesto es ciego, parece escuchar y hablar, y los perros no orinan su tronco. Todo lo perdona, incluso que la vieja Berta le encaje clavos para sostener sus jarros y calderos. Es un buen árbol, un flamboyant que en invierno se queda sin hojas, esquelético, retorcido, sombrío, como Osaín, pero que en mayo revienta de flores color fuego e incendia todo en derredor con su belleza inapagable.



Quizás por eso soñaste anoche que el viento hacía frotar una contra otra sus ramas —todavía desnudas y reseca— y que había surgido una pequeña llama, que luego había prendido en otras ramas secas y que había surgido un fuego en la vieja casucha, que se extendió rápidamente y que, por último, sumió en un pavoroso incendio a todo el barrio.